

# En la cuadragésima edición del Premio Casa de las Américas

Roberto Fernández Retamar  
Escritor

En la entrega correspondiente a octubre-diciembre de 1959 de la *Nueva Revista Cubana*, podía leerse: “La Casa de las Américas, llamada a realizar una importante labor, ha convocado a un concurso literario —de poesía, novela, cuento, teatro y ensayo— en el que podrán participar todos los escritores de América”. Y después de otras consideraciones: “El plazo de admisión de las obras se cerrará el 15 de enero de 1960”.

Escribí las líneas anteriores, que aparecieron sin firma, para la página última de ese número de la revista, entonces bajo mi dirección. No podía suponer los que iban a ser mis vínculos con la Casa; ni que volvería sobre tales líneas en una ocasión como ésta, en la cual inauguramos los trabajos de la cuadragésima edición del Premio, según acabó llamándose aquel concurso que creció en lenguas y géne-

ros, con la aspiración de abarcar a nuestra América toda. Cuando se vive inmerso en el fervor histórico, y no se tiene aún treinta años, no es corriente ponerse a pensar que van a transcurrir cuarenta. ¡Y qué cuarenta años los que han transcurrido! Por cierto, me referí a ellos en varias ocasiones, y no volveré a hacerlo ahora. Además, dentro de poco contaremos con una minuciosa *Memoria* del Premio, donde se recogen los nombres de todos sus jurados, así como los títulos de los libros premiados, mencionados y finalistas. Ha sido un pasado admirable y tenso, combativo y angustioso y esperanzado. Con sus altas y sus bajas, podemos sentirnos orgullosos de él. Pero hoy querría hablar desde otra perspectiva. Tengo (tenemos) nostalgia del futuro, para valerme de un título de Ernesto Cardenal. Creo que si Haydee estuviera hoy con nosotros físicamen-

Y puesto que el futuro **ha de ser**  
**nuestra voraz** patria temporal, ¿cómo  
no hemos de interesarnos a  
propósito de la forma que asumirá  
**(en caso de pervivir, de lo que**  
**queremos estar seguros)** ese  
estado de alma llamado  
**Casa de las Américas ?**

te (pues espiritualmente lo está siempre), compartiría esa necesaria apetencia.

En su magnífico discurso del pasado día primero, Fidel mencionó cifras bien elocuentes. Entre ellas, las relativas a que Cuba tiene once millones y pico de habitantes, de los cuales en enero de 1959 casi siete millones doscientos mil no habían nacido todavía, y algo más de un millón trescientos mil tenían menos de diez años. Es decir, que la gran mayoría de nuestro pueblo carece de vivencias (o las tiene apenas) del inicio de nuestra Revolución, y ni qué decir de la convocatoria primera de lo que sería el Premio Casa de las Américas. Y aunque no dispongo de las estadísticas correspondientes, doy por sentado que algo similar es aplicable a los otros pueblos latinoamericanos y caribeños. Por eso, si en su discurso Fidel dijo con razón: “hoy, para las generaciones más nuevas, la Revolución apenas comienza. Un día como éste no tendría sentido si no se habla para ellas”, es lógico que para ellas, en Cuba, en nuestra América y en todos los países donde pueda ser conocida la Casa de las Américas, intente hablar ahora.

No se trata de embarcarnos en aventuras de ciencia ficción, las cuales con triste frecuencia no nos ofrecen, banalizados, sino los mismos problemas de hoy, cuando no de ayer, encasquetándoles a sus protagonistas una escafandra o un traje ridículo, introduciéndolos en ámbitos de cartón piedra, o haciéndoles salir del pecho un *alien* tan previsible ya como una lombriz solitaria.

Y al final, la consabida moraleja propia de toda fábula más o menos esópica. Piezas así (de las que por supuesto hay que apartar del todo joyas como *La máquina del tiempo*, *La invención de Morel* o *Solaris*), con la pretensión de hablar del porvenir, en verdad abordan, pintarrajeadas, la actualidad o su antecesora inmediata. Mi propósito es bien otro.

Nada sabemos del futuro, sentenció Borges, salvo que diferirá del presente. Pero el caso es

que en realidad (en lo que llamamos realidad), marchamos constantemente hacia ese enigma del futuro: no nos es dable retroceder al pasado, ni permanecer en el presente efímero, al cual Jorge Guillén llamó “el velocísimo Ahora”. Como el ciclista, no podemos sino avanzar. Incluso si caemos, también somos trasladados al futuro, de modo impalpable. Un socarrón Heráclito contemporáneo aseguraría que no pedalearemos dos veces en la misma bicicleta, aunque nos parezca igual: como el río clásico, después de todo, se lo parece al bañista.

Y puesto que el futuro ha de ser nuestra voraz patria temporal, ¿cómo no hemos de interesarnos a propósito de la forma que asumirá (en caso de pervivir, de lo que queremos estar seguros) ese estado de alma llamado Casa de las Américas? No quiero dar una pirueta e imaginar los próximos cuarenta años (nada sabemos del futuro). Pero creo que se puede empezar a responder aquella pregunta, si nos fijamos en los jóvenes que están ya a bordo de la nave e inexorablemente van asumiendo su mando; así como en jurados y premiados también nacidos a partir de 1959.

Tales jóvenes no ejercen una actitud iconoclasta que en el fondo es estéril. Reciben lo acumulado, se alimentan de ello, colaboran con los mayores. Pero, a la vez, están obligados a diseñar proyectos que en considerable medida encarnarán más allá de nuestros ojos. (“Nuestros” alude a la generación que ahora baja la colina: la mía). Esos proyectos habrán de insertarse en el mundo distinto que se está gestando. Sin duda, la América Latina y el Caribe no han de ser iguales a los de los muy mencionados años 60; ni, en general, a los que siguieron en lo inmediato, hasta este 1999 con olor a final de siglo y de milenio. Pensemos tan sólo en que al convocarse el Premio Casa en 1959 no tenía (o casi no tenía) pariguales, y hoy esos pariguales han florecido como hongos tras la lluvia. Es algo de lo que nos regocijamos, y una de las consecuencias felices me-

nos comentadas de nuestro Premio. Y es también un estímulo, y aun un desafío, para nosotros. Sobre todo, para los jóvenes que están entre nosotros. Hay que inventar cosas nuevas, por las cuales el implacable futuro espera.

En 1959 (fui testigo de ello) no era previsible que la literatura de nuestra América iba a alcanzar el reconocimiento mundial de que pocos años después disfrutaría. Y claro que me refiero a algo mucho más dilatado que el ruidoso fenómeno con el controvertido nombre de "bum", como lo llama David Viñas, y que estuvo integrado por grandes, pero pocos escritores. Muchísimos más, anteriores, coetáneos y posteriores, se han beneficiado de aquel reconocimiento, y sin duda otros esperan su turno. Ningún comentarista de buena entraña podría negar que la Casa de las Américas (en particular su Premio Literario) ha desempeñado un importante papel en esto. Jactarse del hecho carece de sentido. Lo que interesa es qué va a pasar, cuando nuestra literatura lleva décadas de hombrearse con otras grandes literaturas del planeta, pero, como suele ocurrir, ya no es una novedad. Hoy tiene que luchar a brazo partido, a pura literatura (aunque no necesariamente a literatura pura), sin tener detrás un movimiento revolucionario conti-

mental que fue su caja de resonancia, al margen de las actitudes de los autores hacia él; sin que, para decirlo en términos bruscos, esté de moda. En esas condiciones, ¿qué van a hacer los jóvenes con el Premio Casa de las Américas? ¿Quedará como está? ¿Desaparecerá, entendiéndose que su misión ha sido cumplida? ¿Encontrará maneras creadoras de seguir prestando servicios? Escucharemos mañana el próximo capítulo, según anunciaban los candorosos novelones radiales: los cuales, por cierto, habiendo nacido prácticamente en Cuba, conocerían después tantos avatares en países hermanos, y Dios sabe cuánto han influido, no obstante muchos refunfuñadores, en la otra literatura.

Hago estas preguntas en un momento de madurez de nuestro Premio y de nuestra Casa. Y, como he dicho, no anticipo contestaciones. Es más: quiero dejar las preguntas en el aire, con la certidumbre de que serán bien respondidas. Si hemos sabido ser los mismos y otros; si hemos vivido y sobrevivido a través de pruebas a menudo bien complejas, tropezando y volviendo a encontrar el paso, tenemos derecho a la confianza. Tenemos más: el derecho, y probablemente el deber, de volver a empezar.

**hojas Universitarias.....**